

*Prácticas femeninas católicas  
de cuidado del otro.  
El caso de Concepción Aguayo,  
enfermera improvisada durante  
la Revolución Mexicana e impulsora  
de la profesionalización de la  
enfermería en Aguascalientes*

YOLANDA PADILLA RANGEL<sup>1</sup>

---

RESUMEN

**E**n esta ponencia analizo la manera en que en la ciudad de Aguascalientes, México, un grupo de maestras católicas encabezado por Concepción Aguayo, se convirtió en un equipo de enfermeras improvisadas durante la Revolución Mexicana. Observo cómo, con el paso del tiempo, su actividad improvisada y de inspiración católica se convirtió en una actividad profesional que les permitió una participación moderna –reconocida y remunerada– en la sociedad local.

ABSTRACT

In this paper I analyze the way in which a group of Catholic women led by Concepción Aguayo in Aguascalientes (Mexico) became a team of improvised nurses during the Mexican Revolution. I

---

<sup>1</sup> Doctora en Ciencias Sociales. Área Historia. Actualmente labora en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Correo electrónico: ypadilla@correo.uaa.mx.

observe how in the long term their improvised practice turned into a professional activity, allowing these women a modern participation –recognized and paid– in the local society.

#### LAS BATALLAS REVOLUCIONARIAS Y LA NECESIDAD DE ENFERMERAS

La tarde del 22 de junio de 1914, el líder revolucionario Francisco Villa se presentó en las inmediaciones de Zacatecas y determinó que la batalla contra el ejército federal comenzaría al día siguiente. Así sucedió y la batalla dejó cientos de muertos y heridos. Villa dispuso que algunos carros de ferrocarril fueran equipados como pequeños hospitales de campaña y fue de esta manera que los heridos comenzaron a llegar a la estación de ferrocarril en Aguascalientes. Médicos, enfermeras y ambulantes de esta católica localidad de menos de veinte mil habitantes acudieron a la estación y subieron a los vagones para valorar el estado de todos los heridos y hacer curaciones, así también para bajar a los heridos más graves e internarlos en el pequeño hospital con que contaba la ciudad. Según Gabriel Codina (2012), durante el resto del mes de junio de 1914 se recibieron y trasladaron para su atención 144 heridos. Como era de esperarse, el pequeño hospital de San Vicente de Paúl que existía en la ciudad resultó insuficiente, por lo que el jefe de operaciones militares ordenó que se instalaran otros cuatro puestos de socorro en escuelas y casas particulares.<sup>2</sup> Los escasos médicos de la Cruz Roja apenas podían atender a tantos heridos y necesitaban más ayuda. Ésta la encontraron en un grupo de mujeres voluntarias que eran maestras disciplinadas formadas en el Liceo de Niñas de la ciudad y encabezadas por Concepción Aguayo. Desde ese momento y durante todo el año de 1915 y hasta principios de 1916, este grupo de enfermeras improvisadas, de inspiración católica, continuó realizando trabajo voluntario agrupándose en torno a la Cruz Roja local. La participación de Concepción Aguayo y otras

---

<sup>2</sup> Gabriel Codina, autor del libro que estamos citando, *Cien años de la Cruz Roja en Aguascalientes* (2012), es un médico local que pacientemente recopiló datos históricos sobre esta institución humanitaria en los escasos archivos de la Cruz Roja local y en archivos particulares de miembros de la Cruz Roja. De este libro retomo datos sobre Concepción Aguayo, así como también del Archivo Histórico del Estado, del Archivo Municipal de Aguascalientes y de la historiografía local. Hay que considerar que hay poca huella escrita de la labor de Concepción Aguayo y del grupo de maestras que se convirtieron en enfermeras durante la Revolución.

maestras normalistas fue tan notable que tiempo después, el doctor Manuel Rodríguez, presidente de la Cruz Roja en esos años, sintió la necesidad de dejar testimonio de estos hechos y de esta participación femenina con las palabras que a continuación se citan:

Estando la Institución [de la Cruz Roja] desprovista de los elementos más indispensables para cumplir con el deber que se habían impuesto sus dirigentes, sin locales ni instrumentos adecuados, careciendo de fuentes de ingreso que les permitieran pagar servicios, ni alimento, ni medicinas, la señorita Aguayo, movida sólo por su gran deseo de servir a la causa, dedicó todo su tiempo y esfuerzo a esa noble tarea. Y desde el momento en que llegaron los primeros heridos [junio de 1914], se dedicó al servicio como enfermera capacitada. Preparó y organizó, además, al grupo de maestras y alumnas de la Escuela Normal para Señoritas que le habían ofrecido voluntariamente su ayuda y desde ese momento se distribuyeron en diversas comisiones: de enfermeras y ayudantes en la sala de cirugía, de aprovisionamiento, de talleres, de festejos, etcétera. Recorrieron la ciudad en todas las direcciones solicitando la ayuda de todos los sectores sociales, organizaron festivales, hicieron colectas en su propia escuela sin dejar de cuidar a los enfermos, haciendo curaciones sencillas, vendajes, etcétera. Con todo este esfuerzo lograron no sólo sostener el puesto de socorro con que contaba normalmente la institución, sino formar siete más, dotándolos durante el largo periodo de dos años de medicinas, aparatos de cirugía, mesa de operaciones, mantas para cama y todo lo necesario, en una palabra, para poder atender a todos los soldados de la Revolución que llegaron a abrigarse a la institución. Parece esto increíble, pero es, sin embargo, la verdad más absoluta que gracias a este grupo infatigable de abnegadas mujeres, y muy principalmente a su jefa e inspiradora, la señorita Aguayo, quien nunca escatimó esfuerzo ni sacrificio, pudieron salvarse de la muerte millares de heridos que fueron atendidos con todo cariño y dedicación. [Ella] acudía a la cabecera de los heridos a cualquier hora del día o de la noche (Codina, 2012).<sup>3</sup>

Por su parte, en otro documento, Rafael Arellano Guinchard, presidente posterior de la Cruz Roja de Aguascalientes, refiriéndose también a Concepción Aguayo, narró lo siguiente:

---

<sup>3</sup> Este testimonio del doctor Manuel I. Rodríguez –delegado de la Cruz Roja en 1914– sobre Concepción Aguayo, fue dado con motivo de un reconocimiento que la Cruz Roja le hizo a Concepción Aguayo el 14 de julio de 1945. El documento original se encuentra en el archivo particular del doctor Guillermo Ramírez Valdés en Aguascalientes, México, y fue recuperado por el doctor Gabriel Codina en su libro ya citado.

Era muy frecuente verla trabajar sin descanso durante el día y muchas veces continuar durante la noche, sin tiempo para comer y dormir, recorriendo infatigable las distintas salas donde era necesaria su ayuda y presencia. Además de esto, su preocupación constante porque las distintas comisiones aportaran su ayuda para poderse procurar los alimentos del día, la ropa, las medicinas, etcétera, no le dejaban momento de reposo. Frecuentemente, también se le veía salir acompañada de algunas de sus fieles auxiliares a la estación del ferrocarril en espera de los trenes cargados de heridos que de paso para los hospitales del norte (durante la Batalla de Celaya) necesitaban curaciones de urgencia. En esos casos se atendía a los que podían continuar, siendo bajados aquéllos que por su gravedad necesitaban intervención quirúrgica inmediata. En multitud de ocasiones, cuando el personal entero, fatigado por el exceso de trabajo se rendía por el cansancio, se les veía a ella y a la señorita Margarita Terán, no sólo curar a los heridos, sino sacar con gran esfuerzo de las salas de heridos a los que morían (Codina, 2012).<sup>4</sup>

#### CONCEPCIÓN AGUAYO Y SU VISIÓN CATÓLICA DE LA ENFERMERÍA

Conchita Aguayo, como se le conoce en la literatura y en la memoria popular aguascalentense, fue una mujer católica muy activa tanto en el ámbito educativo como en el de la salud. Según Antonio Acevedo, Concepción Aguayo fue: “Maestra por gusto y temperamento, amaba su profesión y se consagró a ella como al apostolado principal de su existencia” (Acevedo, 1963: 96). Sin embargo, según el mismo autor, en sus clases del Liceo de Niñas aprendió que la educación era una actividad que iba más allá de las aulas. Acevedo afirma haber visto a Conchita Aguayo caminando por los barrios pobres de la ciudad, asistiendo enfermos, dando clases de nutrición e higiene, enseñando primeras letras o simplemente levantando el ánimo de las personas necesitadas (Acevedo, 1963: 97). Cabe mencionar que, aunque su labor educativa sí era remunerada, su labor como enfermera no lo era. También es importante subrayar que sus actividades tenían fuerte inspiración católica, como se verá más adelante.

Concepción Aguayo nació el 4 de agosto de 1879.<sup>5</sup> Para 1894, es decir, cuando Conchita tenía 15 años, era estudiante del Liceo de Niñas de Aguascalientes y destacaba en las clases de Música, Geogra-

---

<sup>4</sup> Testimonio con motivo del funeral de Conchita Aguayo, recuperado por el doctor Codina en su libro ya citado.

<sup>5</sup> Acta de nacimiento de Conchita Aguayo. Archivo Municipal de Aguascalientes (AMA) 19/33.

fía, Dibujo, Francés y Labores Femeniles.<sup>6</sup> Entre 1896 y 1897, Conchita Aguayo fue premiada en la clase de Música.<sup>7</sup> En los años siguientes se le reconoció por ser estudiante sobresaliente, así como también por no faltar ninguna vez y ser una alumna notable en la materia de Historia Natural.<sup>8</sup> A los 24 años, en 1902, Conchita aparece ya con su certificado de Profesora en Enseñanza Primaria.<sup>9</sup> Terminó sus estudios con honores en el Liceo de Niñas y luego fue maestra en dicha institución. Y como maestra se desempeñaba cuando llegó a Aguascalientes la Revolución. Posteriormente, entre 1924 y 1926, fue directora de la Escuela Normal para Profesoras. También dio clases en el Instituto de Ciencias del Estado. Era una mujer culta ya que había estudiado piano con Manuel M. Ponce y pintura con Severo Amador (Sandoval, 2013: 8).

De su vida familiar podemos decir, según Antonio Acevedo (1963), que Conchita Aguayo llegó a tener autoridad en su familia, pues al morir su padre y habiendo dejado muchos hijos menores de edad, ella se colocó en el lugar de autoridad que había dejado su progenitor y ejerció una ascendencia moral no sólo ante sus hermanos sino también ante su madre y los amigos de la familia.

Cuando Conchita se recibió de normalista y empezó a trabajar como maestra fue la consejera maternal de sus hermanos, hermanas y sobrinos, a quienes trataba con inagotable ternura. Yo, que gocé de la amistad de los hermanos y hermanas de Conchita y visitaba con frecuencia su casa, me di cuenta que ella era el soporte moral y el ejemplo vivo de fortaleza para toda su gente. Era maternal con su propia madre que enfermiza y delicada se acogía a la protección de su hija; los hermanos varones le consultaban sus proyectos y sus negocios y las hermanas sus problemas sentimentales primero y después los de sus propios hogares. (Acevedo, 1963: 99)

---

<sup>6</sup> Entre las materias que se cursaban ese año se encontraban Labores Femeniles, Gramática Castellana, Aritmética, Inglés, Geometría, Moral, Telegrafía y Francés. La calificación más alta en esos momentos era de 20 y la mínima era de 9, que se consideraba como reprobatoria, aunque en realidad había muy pocos casos de reprobación o mala conducta. Las calificaciones de Concepción Aguayo andaban entre los 15 y 20 puntos. Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes (AHEA), Fondo Educación (FE), 37/18.

<sup>7</sup> AHEA, FE, 11/20.

<sup>8</sup> AHEA, FE, 10/30, 10/32, y 11/33.

<sup>9</sup> AHEA, FE, 19/33.

Durante los años comprendidos entre 1914 y 1916, como ya dijimos, Conchita Aguayo se convirtió en enfermera improvisada que atendió a cientos de heridos, mostrando imparcialidad y entereza ante los revolucionarios –principalmente villistas– que llegaban a la ciudad. Dice Acevedo que: “[...] los fieros revolucionarios no le infundían temor y con frecuencia hacía visitas al gobernador y comandante militar del Estado para obtener de él alimentos, medicinas y ropa para sus pacientes. Era amiga también de las autoridades eclesiásticas a las que recurría en demanda de apoyo y autorización para realizar mejor su trabajo” (Acevedo, 1963: 99).

¿De dónde salió esta ayuda femenina tan eficaz a los heridos de las batallas revolucionarias de El Bajío? ¿Con qué elementos contaban Conchita Aguayo y su grupo de maestras-enfermeras para mostrarse tan disciplinadas, organizadas y prontas para prestar esa ayuda? ¿Qué tan fuerte era la inspiración católica de estas enfermeras improvisadas?

Rastreando los antecedentes de este grupo encontramos que desde marzo de 1912 se había organizado en Aguascalientes la delegación de la Cruz Blanca Mexicana, pero que ésta había sido cuestionada por su supuesta falta de neutralidad ante el conflicto revolucionario. La primera mesa directiva de la Cruz Blanca estuvo conformada por varias personalidades de la elite local –católicas y conservadoras– y entre ellas estuvo como vocal de la mesa directiva la maestra Concepción Aguayo.<sup>10</sup> Sin embargo, al poco tiempo de fundada la Cruz Blanca, el gobierno estatal pretendió apropiarse de la institución, quedarse con sus fondos e ignorar al comité local, lo cual provocó que renunciaran todos los miembros de la mesa directiva. Al disolverse la Cruz Blanca, el mobiliario fue donado al Hospital de San Vicente de Paúl que estaba bajo el cuidado de la Iglesia católica local.

El pequeño Hospital de San Vicente de Paúl había sido fundado por el párroco de Aguascalientes, José María Martínez, en enero de 1911, y por las mujeres socias de la Conferencia de San Vicente, también llamadas Damas Vicentinas. En mayo de 1914, al llegar a Aguascalientes los revolucionarios, el párroco José María Martínez, temeroso del anticlericalismo de los carrancistas y villistas que llegaban, abandonó la ciudad y dejó el hospital de San Vicente en manos de la naciente Cruz Roja que se había reorganizado a partir de los restos de

---

<sup>10</sup> Periódico *La Voz de Aguascalientes*, número 298, 22 de marzo de 1912, y periódico *El Clarín*, número 189, 23 de marzo de 1912. También puede verse Codina, Gabriel. *Cien años de la Cruz Roja en Aguascalientes*, *Op. cit.* capítulo 3.

la Cruz Blanca. Ésta comenzó a ser liderada por el doctor Antonio Ávila Castañeda. En junio de 1914 había quedado como presidente de la misma el doctor Manuel Ismael Rodríguez –quien posteriormente escribiría el testimonio sobre Conchita, que ya mencionamos–. La Cruz Roja contaba entonces con 110 socios (Codina, 2012). Con la fundación de la Cruz Roja en Aguascalientes se organizó un Comité Auxiliar de Damas en el que participó la maestra Concepción Aguayo, quien a la sazón, tenía 16 años.



Profesora Concepción Aguayo, extraída de una foto con enfermeras (1927). Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes. Fondo Miguel Aguayo.

Las actividades de la Cruz Roja comenzaron el 18 de junio de 1914 al recibir 85 heridos del combate por la toma de Zacatecas. En total, entre junio de 1914 y diciembre de 1915, se recibieron 381 heridos además de otros numerosos pacientes que requerían atención por otras causas, siendo atendidas en total 3,600 personas durante este periodo (Codina, 2012). El médico Gabriel Codina (2012) narra en su libro *Cien años de Cruz Roja en Aguascalientes* que cuando Villa llegó a Aguascalientes le ordenó al doctor Guillermo López de Lara que le señalara cuáles heridos eran huertistas para matarlos, pero que el doctor López no le quiso decir, por lo cual Villa lo mandó apresarse para después fusilarlo junto con “una maestra que lo ayudaba”, refiriéndose seguramente a Concepción Aguayo. Pero ni el doctor ni la maestra fueron fusilados gracias a la intervención de algunos ciudadanos notables de la localidad que intercedieron a su favor. Según Codina (2012), los miembros de la Cruz Roja en Aguascalientes, ante la actitud hostil de algunos jefes revolucionarios, decidieron deshacer los puestos de socorro. El instrumental quirúrgico, medicamentos y material para curación fueron escondidos en casas particulares y los heridos fueron trasladados

a otros lugares con la ayuda de los miembros del ejército federal al evacuar la ciudad. Pero al poco tiempo, Francisco Villa, quien por entonces ya ejercía un dominio político y militar absoluto sobre la ciudad, solicitó la cooperación de la Cruz Roja y hasta proporcionó algunos de los elementos necesarios para reinstalar el puesto de socorro en el mismo lugar. Pero fue, sobre todo, después de las batallas del Bajío, cuando el ejército villista necesitó nuevamente los servicios de la Cruz Roja. Al ser derrotado el contingente en las batallas de El Bajío, comenzaron a llegar a la ciudad, nuevamente, cientos de heridos.

Los efectos de la guerra se hicieron notar no sólo en los heridos en batalla, sino también en la devastación, el hambre y la enfermedad que provocaron gran mortandad (Padilla, 2014). En todo este tiempo, Conchita Aguayo estuvo atendiendo heridos y enfermos apoyada por el grupo de maestras que poco a poco se fueron convirtiendo en las enfermeras improvisadas de la localidad. Ello, a pesar de los altibajos que experimentó la Cruz Roja, misma que prácticamente dejó de funcionar entre 1919 y 1925, periodo en el que Concepción Aguayo regresó a dar clases a la Escuela Normal y al Instituto de Ciencias. En 1925 se reabrió el puesto de socorro de la Cruz Roja y se integró un nuevo comité en el que quedaron como vocales las maestras Concepción Aguayo, Margarita Terán, Adelaida Jacobo, María Teresa Llamas y María de Jesús Lozano, todas del grupo que en la práctica ya ejercían como enfermeras. No sólo ellas giraron su profesión hacia la enfermería, sino también incidieron en que algunos de sus estudiantes ingresaran a la carrera de Medicina y se convirtieran en notables doctores de la localidad.<sup>11</sup> Ya para 1927, en el registro de enfermeras de la Cruz Roja, estaban inscritas 64 mujeres que estaban siendo formadas de manera empírica por las exmaestras normalistas y por los doctores de la Cruz Roja (Codina, 2012).

---

<sup>11</sup> En 1926 ingresaron a las filas de la Cruz Roja, como ambulantes, varios jóvenes estudiantes de preparatoria que eran alumnos de las maestras Conchita Aguayo y Margarita Terán. Entre ellos se encontraba el doctor Guillermo Ramírez Valdez, quien reconoció en vida la influencia que la maestra Conchita Aguayo ejerció en él para estudiar Medicina. De entre esos jóvenes ambulantes que ingresaron a la Cruz Roja como voluntarios posteriormente surgieron más médicos.





Concepción Aguayo con enfermeras de la Cruz Roja (1927). AHEA, Fondo Miguel Aguayo.

Según Gabriel Codina (2012), la influencia de estas maestras-enfermeras se extendió a la Escuela Normal para Profesoras, pues el 25 de mayo de 1928 se creó un comité de la Cruz Roja de la Juventud en la escuela práctica anexa a la Escuela Normal, quedando la mesa directiva conformada por maestras y estudiantes de la misma. En 1929 cambió la directiva de la delegación de la Cruz Roja que estuvo vigente hasta 1932. En esa directiva quedó como presidenta del comité de damas y asimismo como jefa de enfermeras la maestra Concepción Aguayo.<sup>12</sup> Al llegar las maestras a los cargos directivos de la Cruz Roja, aprovecharon la situación para promover la profesionalización de las enfermeras. De esta manera, en 1935, estando al frente de la Cruz Roja el doctor Rafael Macías Peña, Conchita Aguayo, apoyada por otras maestras y doctores fundó la Escuela de Enfermería de la Cruz Roja que comenzó a impartir clases el 16 de diciembre de 1935 y funcionó durante los siguientes 33 años produciendo un gran número de enfermeras ya formalmente capacitadas (Codina, 2012). Hay que hacer notar que su personal docente (doctores y profesoras como Concepción Aguayo) participaron en forma voluntaria y sin recibir nunca sueldo alguno.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> En 1934, Concepción Aguayo ocupa el cargo efímero de directora del Comité Regional de Protección a la Infancia y, como tal, participa en la construcción del primer hospital de niños en México. AHEA, Secretaría General, 881/36.

<sup>13</sup> En 1943, la legislatura local otorgó reconocimiento formal a la Escuela de Enfermería, misma que amplió su programa a tres años y exigió que sus alumnas cursaran previamente la secundaria.



Concepción Aguayo (al centro) con la primera generación de enfermeras formadas en la Escuela de Enfermería de la Cruz Roja fundada por ella (1938). AHEA, Fondo Miguel Aguayo.

Según su primer director, el doctor Rafael Macías Peña, la Escuela de Enfermería permitió que las mujeres estudiaran una carrera profesional sin tener que salir de la ciudad y también permitió capacitar enfermeras que fueran auxiliares de los médicos y de los enfermos (Codina, 2012).<sup>14</sup> Sin embargo, cabe hacer la observación de que el doctor Macías Peña en su informe final como director de la Escuela de Enfermería subrayó el carácter de las enfermeras como auxiliares de los *médicos*, no tanto de los enfermos; mientras que Conchita subrayaba el carácter de las enfermeras como auxiliares de los *enfermos*, más que de los médicos.

Sobre la inspiración católica de la labor de Conchita Aguayo traemos a colación el testimonio de una de sus alumnas, la enfermera María Dolores Morfín, quien fue alumna de la primera generación de la Escuela de Enfermería de la Cruz Roja de Aguascalientes. Ella afirma que la primera vez que el grupo de seis alumnas de la primera generación iba a entrar a la habitación de un enfermo que se encontraba en cama, Conchita les dijo:

Miren, vamos a entrar aquí y van a ver a un hombre. Está encamado, pero eso sería lo que vería cualquier gente que va pasando por la calle y lo viera. Pero ustedes no, ustedes van a ver en esa cama a Cristo [...]. Lo que le hagan al enfermo se lo van a hacer a Cristo con el mismo respeto, con el mismo cariño que se lo hicieran a Jesucristo [llanto de la entrevistada]. Así van a tratar a los enfermos que les lleguen, no

---

<sup>14</sup> Último informe del doctor Rafael Macías Peña rendido al comité local en 1938. En el archivo del doctor Guillermo Ramírez Valdés, recuperado por Gabriel Codina.

van a verlos si están chorreados, si están sucios, si son malcriados –porque vienen de toda clase de educación–. Pero todos ellos son Jesucristo que está en ellos y entonces lo van a tratar como tratarían a Jesucristo. (*El ambulante*, 2000 recuperado por Codina, 2012)<sup>15</sup>

Conchita Aguayo falleció en 1949, a los 69 años de edad.

#### ORÍGENES RELIGIOSOS DE LA ENFERMERÍA Y PROFESIONALIZACIÓN DEL CUIDADO DE LOS ENFERMOS

Me gustaría subrayar aquí, que la labor de la enfermería como “cuidado del otro” tiene orígenes religiosos.<sup>16</sup> En su libro *Promover la vida*, Marie Collière (1993) se refiere a los orígenes de la enfermería remontándose básicamente al mundo antiguo en el marco de la cristiandad. Ella afirma que históricamente el cuidado de los enfermos ha estado a cargo de mujeres desde las primeras comunidades cristianas, pues en la Biblia puede verse que la primera enfermera fue la diaconisa *Phoebe*, ya que Pablo la envió a Roma para cuidar tanto de mujeres como de hombres enfermos. El segundo dato que reporta Collière (1993), en cuanto a la historia de la enfermería, es que en el Primer Concilio de Nicea (325 d.C.) se dispuso que cada parroquia tuviera un hospital y que cada hospital contara con doctor y enfermeras. Ya en la época medieval, los hospitales se quedaron a cargo de las comunidades de religiosos y religiosas. Los hospitales eran multifuncionales, pues acogían tanto a enfermos como a peregrinos, indigentes y refugiados. Para Collière es importante destacar el papel que desempeñaron los conventos de monjas dedicadas al cuidado de la salud en la Edad Me-

---

<sup>15</sup> Entrevista realizada por Soraida Rodríguez Reza a María Dolores Morfín, Aguascalientes, México, 7 de enero de 2000, publicada en la Revista *El Ambulante* de la Cruz Roja Mexicana, Aguascalientes, México, 2000.

<sup>16</sup> Algunos analistas dicen que tiene también orígenes militares debido a que la enfermería se ha desarrollado, sobre todo, a partir de la necesidad del cuidado de los heridos de guerra. Fue en la Guerra de Crimea donde surgió la historia de la enfermería moderna con Florence Nightingale, quien debido precisamente a su experiencia en la guerra se dedicó el resto de su vida a fundar escuelas de enfermería. Posteriormente, durante la Primera Guerra Mundial en Francia, por ejemplo, surgieron enfermeras voluntarias entre las mujeres de clase media que trabajaron en hospitales militares. Cuando la guerra terminó, ellas también se retiraron, pero su participación en la guerra contribuyó a elevar el prestigio de la enfermería. Lo mismo sucedió al terminar la Segunda Guerra Mundial en varios de los países que se vieron involucrados en dicho conflicto.

dia. Esto se explica quizá por la escasez de médicos o porque durante mucho tiempo los médicos se dedicaron sólo a diagnosticar y recetar medicinas, pero se mantenían alejados de cualquier tipo de trabajo manual que implicara el cuidado del enfermo (como limpiarlos o alimentarlos), puesto que éste era considerado desdeñable.<sup>17</sup>

Marie Collière (1993) reporta que en la Edad Moderna los reformadores protestantes cerraron monasterios y conventos en algunos países, razón por la cual entre 1600 y 1800 la Europa protestante tuvo pocos hospitales, mientras que en las áreas católicas, las enfermeras continuaron siendo religiosas. Ella documenta que muchas órdenes de monjas proporcionaron servicios en hospitales. Por ejemplo, así lo hicieron las religiosas de la Compañía de las Hermanas de la Caridad así como las Damas Vicentinas, que eran seculares. Tanto las Hermanas de la Caridad (religiosas) como las Damas Vicentinas (seculares) fueron fundadas en Francia en 1633 por Vicente de Paúl, franciscano católico (1576-1660) en colaboración con Luisa Marillac. Ambas fundaciones se extendieron por toda Europa y llegaron a América. Según Collière (1993), las órdenes religiosas españolas y francesas llegaron a la Nueva España con dos objetivos: cubrir las necesidades de cuidados de los indígenas y colonos, y propagar el Evangelio.

Según Sioban Nelson (2001), durante el siglo XIX, aun con el liberalismo en marcha, siguieron proliferando hermandades religiosas de mujeres (algunas de las cuales llegaron a América Latina, Estados Unidos y Canadá) con el objetivo de instalar hospitales así como escuelas y orfanatos. A veces, esas mujeres trabajaban con gran autonomía, distantes de los obispos u otras autoridades de la Iglesia. Nelson considera que se trataba de: “mujeres formidables que tenían la capacidad de transformar sus comunidades”, pero que, a pesar de sus logros, permanecieron invisibles a los demás, con sus realizaciones poco reconocidas hasta hoy en día. En su libro *Say Little, Do Much: Nurses, Nuns and Hospitals in the Nineteenth Century*, Nelson (2001) observó que en muchas ocasiones los jerarcas de la Iglesia católica controla-

---

<sup>17</sup> En la Europa medieval, muchas mujeres fungieron como fundadoras de conventos dedicados a la ayuda a otros y al cuidado de enfermos. Por ejemplo, la orden franciscana destacó en el cuidado de enfermos de lepra. Un hito importante en el mundo cristiano fue la fundación en 1537 de varios hospitales por los Hermanos Hospitalarios de la Caridad (llamados juaninos) que fueron fundados en Granada por San Juan de Dios. Los hospitales de los juaninos llegaron a la Nueva España y, desde luego, a Aguascalientes en la época colonial.

ron la acción de estas mujeres y minimizaron sus logros para restar así fuerza a la autonomía de muchas comunidades religiosas. En otro libro, Sioban Nelson (2011) observó que a finales del siglo XIX e inicios del XX, con la entrada de las mujeres seculares en la enfermería y con el inicio del avance profesional secular de la profesión, la enfermería se consolidó como un dominio de autoridad moral y habilidad femenina. Así también, hay que considerar que todavía en los siglos XIX y XX, muchas enfermeras católicas brindaban sus servicios sin recibir remuneración alguna.

#### MUJERES Y ENFERMERÍA EN MÉXICO

En su artículo, “Breve historia de la enfermería en México”, Leticia Cuevas y Dulce María Guillén (2012), hablan de las diversas órdenes religiosas que prestaron atención a los enfermos en México, entre ellas las ya mencionadas Hermanas de la Caridad y las Damas Vicentinas. Hablan también de enfermeras no religiosas que hacían las primeras curaciones en hospitales y cárceles, solteras o viudas, *honestas*, de edad madura, que ganaban cincuenta pesos al año. Su ocupación era tan humilde que no se les pedía licencia ni examen previo para ejercer.

La organización de las Damas Vicentinas, según Silvia Arrom (2007) fue, en el siglo XIX, una organización muy prolífera en el país y para 1863 su misión era: “[...] visitar a los pobres enfermos y procurarles todo alivio espiritual y corporal, consolándolos y exhortándolos a aprovecharse de la enfermedad y resignarse a la voluntad de Dios”. El alivio corporal proporcionado por las Damas Vicentinas consistía en conseguir médicos a los enfermos, llevarles medicinas, comida, ropa y dinero, si fuera necesario, y “prestarles cualquiera otro servicio, como sería barrer el cuarto, hacer la cama y cosas semejantes”. El alivio espiritual ofrecido por las Vicentinas a los enfermos consistía en rezar con ellos y, si la enfermedad era mortal, en preparar al moribundo para recibir los santos sacramentos y “procurar con toda diligencia su eterna salvación”. Estas obras formaban parte de una agenda más amplia que intentaba combatir la “irreligiosidad de los pobres”.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Para 1868 tenían 12,274 socias activas y honorarias por todo el país. En 1872, al final de la última presidencia de Benito Juárez, alcanzaron el número de 20,212 mujeres. Luego, durante la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada, la membresía disminuyó, debido, sobre todo, a la expulsión de las Hermanas de la Caridad con quienes las señoras colaboraban. A finales de siglo recibieron el apoyo abierto del

Según Silvia Arrom (2007), durante el siglo XIX las Damas Vicentinas hicieron importantes contribuciones al desarrollo de los sistemas de educación, salubridad y beneficencia mexicanos. Pero para desempeñar el trabajo diario, las Vicentinas contrataban maestras, enfermeras, cocineras, lavanderas y otras empleadas. De esta forma, sus numerosas instituciones crearon empleos –casi siempre para personas laicas–, sobre todo para mujeres solteras o viudas que luchaban para ganarse la vida. Silvia Arrom (2007) considera que las relaciones maternalistas que mantenían las Damas Vicentinas con sus beneficiados reforzaban el prestigio social de las voluntarias. Si bien, dice Arrom, la labor de estas mujeres representaba la feminización de la caridad en el siglo XIX mexicano, su participación en estas labores las ayudó a salir del hogar y a vincularse con el ámbito público. De acuerdo con Silvia Arrom (2007), la participación masiva de las mujeres en las conferencias vicentinas expandió sus experiencias asociativas y les permitió ejercitarse en prácticas democráticas dentro de esos grupos. El ejercicio de la caridad decimonónica practicado por las Damas Vicentinas les permitió a las mujeres transformar el rol que desempeñaban en la sociedad, permitiéndoles ejercer cierto poder fuera del ámbito doméstico al ayudar a resolver –así fuera superficial y provisionalmente– problemas de pobreza, hambre, enfermedad, analfabetismo y desempleo. Sin embargo, hasta este momento no podemos establecer claramente si las enfermeras improvisadas de la Revolución Mexicana, como Conchita Aguayo, tuvieron influencia de las Damas Vicentinas.

Por otro lado, y trabajando en conjunto con las Damas Vicentinas, se encontraban las mujeres religiosas Hermanas de la Caridad. Ambas tenían la misma pareja de fundadores (Vicente de Paúl y Luisa Marillac, Francia, 1633), y se dedicaban al servicio corporal y espiritual de los enfermos y pobres. Para 1660, había más de cuarenta casas de las Hijas de la Caridad en Francia. Durante el siglo XIX, las Hijas de la Caridad se extendieron a Austria, España, Portugal, Hungría, Reino Unido, Irlanda y América.<sup>19</sup> Las Hermanas de la Caridad se dedicaban a cui-

---

gobierno de Porfirio Díaz cuando su esposa, Carmen Romero Rubio, fue presidenta honoraria del Consejo Superior. En 1895, la Asociación de Señoras de la Caridad alcanzó 22,652 socias activas y honorarias en 400 conferencias que funcionaban en 19 estados mexicanos. En vísperas de la Revolución, el número se había casi duplicado hasta llegar a 43,206.

<sup>19</sup> El origen de la congregación surge de la necesidad de organización de la ayuda a los pobres de su parroquia, para lo que Vicente de Paúl creó en 1633 una confraternidad que creció tanto que pronto se extendió desde las áreas rurales hasta París,

dar a los pobres enfermos en sus propios domicilios. Posteriormente, pasaron a cuidarlos en los hospitales y, al poco tiempo, tuvieron que ampliar sus funciones, haciéndose cargo de la educación de niñas, del cuidado de niños abandonados, de soldados heridos, de refugiados, ancianos y enfermos mentales. En México tuvieron presencia entre 1844 y 1875, un periodo marcado por las luchas entre liberales y conservadores. Las Hermanas de la Caridad experimentaron los ataques de los liberales a sus escuelas, hospitales, hospicios, boticas y casas cunas. En esa etapa, las hermanas lograron tener 42 casas de religiosas y 396 de ellas formaban la Provincia de México cuando fueron expulsadas del país en tiempos del presidente Sebastián Lerdo de Tejada<sup>20</sup>, aunque algunas pocas lograron permanecer en el país.

Según Cecilia Bautista (2011), en el momento de su expulsión, las religiosas extranjeras en la Compañía de las Hermanas de la Caridad en México eran 55, a las que se sumaban 355 religiosas mexicanas, algunas de las cuales también salieron del país en solidaridad con sus compañeras extranjeras. En esa circunstancia de expulsión de clero extranjero, la jerarquía católica buscó estructurar un modelo de congregaciones con una mayor base de religiosas de origen nacional, así como un nuevo modelo de espiritualidad que hiciera de la vida activa una misión para afirmar la presencia social de la Iglesia y el catolicismo (Bautista, 2011).

A través de este modelo se logra integrar a distintos grupos de mujeres en la consecución de un mismo proyecto, pues, por un lado, existe gran entusiasmo entre las mujeres de las élites mexicanas que participan en la recaudación de fondos y la donación de sus propias fortunas para la fundación de escuelas, hospitales, orfanatos, noviciados y edificación de parroquias; y, por otro, pueden vincular a los sectores sociales menos favorecidos como parte de las congregaciones religiosas. Las mujeres de escasos recursos son particularmente atraídas, pues la vida religiosa se ofrece como una vía para sustraerlas de los espacios problemáticos abiertos por el capitalismo (Bautista, 2011: 10).

---

donde las damas de la nobleza procuraban cuidados a los pobres a través de sus sirvientas. Actualmente, esta comunidad religiosa, según su página oficial en internet, está presente en 94 países con aproximadamente 40,000 miembros. En: <http://www.hijasdelacaridadmexico.org/site/historia>, consultado en agosto de 2014.

<sup>20</sup> En: <http://www.hijasdelacaridadmexico.org/site/historia#sthash.YGZGbgVQ.dpuf>, consultada en agosto de 2014.

Existe también el antecedente no religioso de la enfermería en México, que es el de la práctica ancestral de las matronas o parteras (Arce, 1982: 97) quienes transmitieron sus saberes de generación en generación. Sin embargo, para fines del siglo XIX, con el advenimiento de la medicina en México, los médicos comenzaron a cuestionar sus saberes empíricos debido, sobre todo, a la gran cantidad de muertes de mujeres durante el parto, y expresaron la necesidad de capacitarlas mejor (Gutiérrez, 2014: 8). Así pues, comenzaron a surgir en México hospitales dedicados a atender la maternidad y, muchas veces anexos a ellos, había escuelas de obstetricia. Según Gutiérrez (2014), en los años posteriores a la Revolución se fueron construyendo más hospitales de maternidad en los cuales las parteras profesionales fueron ganando un sitio importante, aunque sus funciones siguieron estando normadas por los médicos. Según Sara Torres y Elvia Zambrano (2010), la educación formal en el ámbito de la enfermería se inició con esas escuelas de parteras, pero, además, como a fines del siglo XIX la beneficencia pública no contaba con recursos materiales ni humanos, ni de médicos ni de enfermeras, algunos médicos tomaron entonces la estrategia de capacitar personal de enfermería en algunos hospitales hasta que en 1907 se creó la primera Escuela de Enfermería en México (Torres y Zambrano 2010: 106).

Un estudio de Claudia Agostoni (2010), nos habla de la manera en que las mujeres participaron como enfermeras durante el periodo revolucionario. Al concluir la fase armada de la Revolución en 1920 –como casi siempre después de todas las guerras–, vino una situación de desastre en la que se propagaron enfermedades contagiosas, aumentó la mortalidad materno-infantil así como la pobreza e inseguridad en que vivían amplios sectores de la población. En la atención a todos estos problemas estuvo presente el Departamento de Salud Pública, pero también enfermeras que, además de atender las enfermedades y su prevención, participaban en actividades que propiciaban una sociabilidad moderna, nacionalista y productivista mediante la erradicación de creencias y prácticas médicas consideradas como nocivas para la salud individual y colectiva.

Elena Jackson (2010) estudia la participación de las mujeres en las Scouts y la Cruz Roja en México entre 1920 y 1940, y la manera en que estas organizaciones civiles representaron al género en el nacionalismo revolucionario. En su estudio, Elena Jackson habla de cómo las niñas de una escuela de la Ciudad de México apoyaron a las víctimas



de los terremotos en Jalisco y Colima en 1932, y auxiliaron a las víctimas de la inundación del pueblo de Actopan. También analiza cómo las niñas scouts, aunque perpetuaban el papel tradicional de la mujer, hicieron que se diera importancia mundial a las actividades cotidianas de las niñas mexicanas, convirtiendo a algunas de ellas en una especie de embajadoras culturales que establecieron un vínculo entre el hogar tradicional y el mundo moderno internacional. A partir de la Cruz Roja, también algunas niñas mexicanas pudieron extender sus responsabilidades domésticas a su vida escolar y sentirse parte de un proyecto internacional de modernización.

En este punto podemos observar que tanto Arrom (2013) como Agostoni (2010) y Jackson (2010) coinciden en su apreciación de que la participación masiva de las mujeres en las actividades vinculadas con la ayuda y el cuidado del otro, ya fueran de sustrato religioso o no, permitió a las mujeres transformar su rol desempeñado en la sociedad, al salir de los hogares y ejercer cierto poder fuera del ámbito doméstico al ayudar a resolver –así fuera provisionalmente– problemas de pobreza, hambre, enfermedad, analfabetismo y desempleo. Así también, Agostoni menciona que, además de cuidar enfermos, las mujeres inmersas en estas actividades se familiarizaron con una sociabilidad moderna al tiempo que ayudaban a erradicar creencias y prácticas médicas consideradas como nocivas para la salud individual y colectiva. Jackson, por su parte, enfatiza que organizaciones como los Scouts y la Cruz Roja, permitieron a niñas y mujeres mexicanas sentirse parte de un proyecto internacional de modernización. Estas conclusiones están a tono con lo encontrado en otros países, así como con lo visto en el caso de Concepción Aguayo y su participación en la Cruz Roja de Aguascalientes.

#### CONSIDERACIONES ÚLTIMAS

El cuidado de los enfermos constituye un ámbito en el que las mujeres han participado históricamente y en forma por demás activa. Coincido con Lorente (2011) en que la cultura cristiana occidental provee los referentes claves para comprender el modo en que terminan profesionalizándose los saberes y prácticas de cuidado del otro que las mujeres han tenido en sus manos a lo largo de la historia. Según Lorente, la conexión entre ayuda social, cuidado y profesiones feminizadas es muy estrecha, de manera que las modernas profesiones

femeninas son el resultado de la síntesis de los saberes y prácticas ligados a la ayuda social y al cuidado femenino que se producen en el occidente cristiano, por lo que hay que tenerlas en cuenta para estudiar las identidades socioprofesionales y su anclaje en culturas del trabajo (Lorente, 2011: 87).

Desde otro ángulo y retomando una idea de José Casanova (2006), en el caso aquí analizado de Concepción Aguayo y otras enfermeras improvisadas que la acompañaron, tenemos un ejemplo histórico de secularización de la actividad del cuidado de enfermos, actividad tradicionalmente realizada por mujeres con motivaciones religiosas que transita hacia el ámbito profesional, pero pasando antes por el voluntarismo humanitario de la Cruz Roja. Se trata de una transformación que moderniza también los saberes, prácticas y participación social de las mujeres en torno al cuidado del otro, sin perder eventualmente su inspiración católica.


Estamos entonces ante un caso de transformación de la tradición y adaptación pragmática a las condiciones históricas de modernidad (acelerada por la guerra revolucionaria), pero a la vez ante una continuidad de la tradición, pues estas enfermeras se profesionalizaron sin perder su inspiración religiosa.

#### FUENTES CONSULTADAS

- Acevedo, A. (1963). Conchita Aguayo, la maternal, en *Letras sobre Aguascalientes*, Aguascalientes, México: edición particular.
- Agostoni, C. (2010). Enfermeras visitadoras, enfermeras sanitarias y la consolidación de la medicina preventiva en el México posrevolucionario, 1920-1940. Ponencia presentada en el V Coloquio Internacional de Historia de Mujeres y Género en México, Oaxaca.
- Anderson, B. y Zinsser, J. (1988). *Historia de las mujeres. Una historia propia*. Barcelona: Editorial Crítica, 1988, pp. 207-238.
- Arce, F. (1982). *Historia de las profesiones en México*. México: El Colegio de México.
- Arrom, S. (2007). Las señoras de la caridad: pioneras olvidadas de la asistencia social en México, 1863-1910, en *Revista Historia Mexicana*, Volumen 57, Número 2, El México: Colegio de México, pp. 445-490.
- Bautista, C. (2011). Las congregaciones femeninas en México a fines del siglo XIX, Ponencia presentada en el XIV Encuentro de la Red del

Fenómeno Religioso en México, realizado en la ciudad de Puebla, México.

- Casanova, J. (2006). Rethinking Secularization: a Global Comparative Perspective, en *Hedgehog Review*, volumen 8, núms. 1-2, pp. 7-22.
- Cuevas, L. y Guillén, D. M. (2012). Breve historia de la enfermería en México, en *CuidArte*, Revista Electrónica de Investigación en *Enfermería*, FESI-UNAM, volumen 1, número 1, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Codina, G. (2012). *Cien años de la Cruz Roja en Aguascalientes*. Mecanoescrito, Aguascalientes, México.
- Collière, M. (1993). *Promover la vida*. Madrid: Mc Graw-Hill.
- Gutiérrez, C. (2014). Matronas, obstetras y enfermeras. Una profesión para mujeres, en la *Biblioteca Digital de la Sociedad Mexicana de Historiadores de la Educación* (SOMEHIDE), en [http://www.somehide.org/images/pdf/28\\_gutierrezgarduo.pdf](http://www.somehide.org/images/pdf/28_gutierrezgarduo.pdf), consultado en agosto de 2014.
- Historia de las Hijas de la Caridad en México, según su página oficial: <http://www.hijasdelacaridadmexico.org/site/historia>, consultado en agosto de 2014.
- Lorente, B. (2011). La ayuda social y las mujeres. Profesionalización, reconocimiento y género, en Díaz, R. y Zambrano, C. *Prácticas de ayuda. Estudios antropológicos, filosóficos y políticos acerca de la opitulación*. Argentina: Miño y Dávila Editores.
- Jackson, E. (2010). Los exploradores y las hermanas mayores: *Boy Scouts*, la Cruz Roja de la juventud, y género en la representación del nacionalismo revolucionario, México, 1920-1940. Ponencia presentada en el V Coloquio Internacional de Historia de Mujeres y Género en México, Oaxaca.
- Padilla, Y. (2014). Los efectos desastrosos del paso de la Revolución por Aguascalientes, según el cónsul norteamericano en esta ciudad, en Periódico *La Jornada*, 28 de julio y 4 de agosto de 2014, Aguascalientes, México.
- Duby, G. y Michelle, P. (2000). *Historia de las mujeres*, tomo 4. Madrid: Taurus.
- Revista *El Ambulante* (1912). Cruz Roja Mexicana, Año 1, número 6, México.
- Sandoval, G. (2013). Las directoras de la Escuela Normal del estado de Aguascalientes. Mecanoescrito, Aguascalientes, México.
- Sioban, N. (2001). *Say Little, Do Much: Nurses, Nuns and Hospitals in the Nineteenth Century*. USA: University of Pennsylvania Press.

- Sioban N. (2011). Introducción, en *Revista Texto y Contexto de la enfermería*, volumen 20, número 2, Florianópolis, EU. pp. 221-222.
- Torres, S. y Zambrano, E. (2010). Breve historia de la educación de la enfermería en México, en *Revista de Enfermería del Instituto Mexicano del Seguro Social*, Número 18, volumen 2, México, pp. 105-110 .